
la Academia Calasanciana.

Fundador: RDMO. P. EDUARDO LLANAS, SCH. P.

La Iglesia y la Democracia

IV y último

LA democracia es un régimen político que la Religión acepta como cualquier otro. No es difícil formarse idea de lo que es la democracia como régimen político. La sociedad europea ha ido abandonando cada día más el principio de la monarquía absoluta y de derecho divino, la división de la nación en diferentes clases privilegiadas: clero, nobleza y pueblo, y el derecho de votar como derivado, únicamente del nacimiento o la riqueza. La democracia pregona la igualdad de todos ante la ley, que los cargos y empleos públicos sean accesibles a todos y la responsabilidad de los actos de los que ejercen autoridad ante asambleas electivas. Puede decirse de la democracia que es un estado político, en

el cual, según frase de Esquines, *cada ciudadano es rey por su voto*; un estado político, basado en mayor o menor grado, en el sufragio universal y en el que el plebeyo y el noble, el sabio y el ignorante disfrutan de la misma igualdad ante la ley y ante las urnas electorales. Puede muy bien discutirse semejante orden de cosas y lamentarse agriamente con el autor citado que el último artesano de Atenas tenga tanta influencia en las luchas electorales como Sócrates o Platón. Se puede discutir el régimen democrático, alegrarse o entristecerse de su advenimiento, ver en él un progreso real o un desatino peligroso. No hemos de tratar aquí de tales cuestiones. Únicamente examinaremos si la Iglesia condena el régimen político de la democracia. Podemos decir que no, puesto que es un régimen como otro cualquiera. Las masas populares han ido adquiriendo una instrucción más completa, una moralidad más seria, mayor bienestar. Como consecuencia inevitable quieren tener también una influencia política más marcada. Esto es perfectamente legítimo, y aun puede decirse, que brota del fondo de la doctrina evangélica. ¿Quién puede rehusar la instrucción a los pobres y la ilustración intelectual a los obreros? Y si con la instrucción se perfeccionan en la práctica de la virtud, no se les puede negar la influencia política, el derecho y el deber de intervenir en los asuntos de su país. No se puede tildar esta pretensión de absurda o exagerada. Es la conclusión normal de las evoluciones que ha ido sufriendo la humanidad.

Consultando la historia, se verá que la Iglesia nunca se ha opuesto a la práctica del sano régimen democrático. La primera de las instituciones democráticas es la fiscalización del poder por asambleas deliberantes, que votan la suma global y el reparto de los fondos públicos y que inspeccionan las disposiciones de los gobernantes con la mira puesta en el honor del país en el exterior y en su seguridad e independencia en el interior. Antiguamente los miembros de estas asambleas eran designados por su nacimiento, capacidad o la clase a que pertenecían. Nunca la Iglesia consideró como malas o dignas de reprobación tales asambleas. El clero formaba parte de ellas. Actualmente se reclutan sus

miembros por elección, que si fué restringida en un principio, hoy es reconocida como un derecho general. Podrá discutirse y censurarse el sufragio universal; se dirá que el pueblo no estaba preparado moral ni intelectualmente para una reforma tan delicada; que con él se escamotea y adultera su legítima voluntad y otras mil diatribas. Será todo ello muy cierto, pero la Religión no condena el sufragio en sí mismo. Condena los abusos que se han cometido con esta arma democrática, pero no condena la institución en sí misma. En todas las épocas la Iglesia se ha servido ampliamente del sufragio universal. La mayor parte de órdenes religiosas por él eligen a los superiores que las gobiernan. Es evidente que el sufragio universal ha de ser ilustrado, moralizado y bien dirigido. Pero puede afirmarse que no existe contradicción radical entre esta institución moderna y nuestra antigua religión cristiana.

El cristianismo es el que ha preparado y ha hecho posible y casi necesario el régimen democrático. Lo atestigua la historia. La democracia es el último término de la acción del cristianismo, que encontró al pueblo abatido, sin derechos, encadenado y esclavo. Del esclavo hizo de momento un siervo; luego del siervo un hombre libre, el ciudadano de un municipio, y finalmente, del ciudadano un elemento cada vez más apto para las funciones públicas. Esta transformación no se operó brusca ni violentamente, sino que se fué elaborando con lentitud y dando pasos seguros. Cuando apareció el cristianismo, no existía el pueblo, o estaba aherrojado. El cristianismo rompió sus cadenas y de él hizo un siervo. Fué el primer paso por el camino de la verdadera libertad, que costó grandes esfuerzos y duró de cuatro a cinco siglos. Más tarde en los siglos XII y XIII se dió el segundo paso. El siervo se convirtió en hombre libre. Hubo que sostener luchas terribles. Pero la fe en el gran ideal de la perfectibilidad humana concluyó por vencer. Modernamente nos encontramos en la tercera etapa del camino. El pueblo emancipado adquiere poder político y quiere ejercerlo. El insigne fundador de las Conferencias de S. Vicente de Paul, Federico Ozanam, afirmaba: «He creído y creo aun en la posibilidad de la democracia cristiana. Las enseñanzas de

la historia me inclinan a creer que la democracia es el término natural del progreso político y Dios conduce hacia él al mundo.» Estudiando el pasado, parece evidente que la religión, lejos de ser enemiga de la democracia, es su primer principio, su fuente misma y verdadera madre.

Hablando doctrinalmente, la religión acepta, aprueba y estimula el régimen democrático. Grandes figuras de la edad media, Santo Tomás, el Bto. Belarmino y el P. Suárez, entre otros, saludan este régimen como el ideal de las sociedades cristianas. «La buena organización política, enseña el Doctor de Aquino, exige como algo esencial que todos tengan alguna participación en el gobierno. Este es el verdadero medio para conservar la paz en una nación y para hacer que el pueblo entero ame y defienda su constitución.» Los grandes teólogos medio-evaes iban mucho más lejos y entraban en pormenores que nos asombran. Querían que los jefes fuesen todos elegidos, y elegidos por todos. Enseñaban que el poder viene de Dios, pero que no se comunica directamente al rey, sino a la nación que lo delega en el rey; pero no por modo tan absoluto, que no quede en la sociedad, que puede volverlo a tomar en las condiciones que señalaban y que eran ampliamente liberales, en el buen sentido de la palabra, y estas condiciones eran propuestas al rey el día de su consagración, y debía jurar respetarlas bajo pena de deposición. En nuestros tiempos los Papas no han condenado el régimen democrático. Podríamos citar páginas enteras del gran León XIII, en las que declara expresamente que la Iglesia acepta todas las formas buenas de gobierno, la forma democrática lo propio que la forma monárquica u oligárquica. Y el mismo Pontífice suplicó reiteradamente a los católicos franceses que se adhiriesen a la constitución republicana, habiendo sobrevenido gravísimos males a la religión en Francia por el olvido o menosprecio práctico de las enseñanzas y normas de Roma por parte de muchos católicos.

A principios del siglo XIX hombres prudentes y sagaces observadores de los movimientos sociales se dieron cuenta de los rápidos avances de la democracia. En su alta perspicacia conocieron que sería la runía del mundo, si en lugar de lla-

mar en su ayuda a la religión y de apoyarse en el cristianismo, se abandonaba al materialismo y a la impiedad. El despotismo podrá prescindir de la fé, pero no la libertad. La sociedad ha de encontrarse forzosamente al borde del abismo, si mientras se relajan los lazos políticos, no se refuerzan los morales. ¡Triste sino el de un pueblo dueño de sí mismo, si no toma a Dios por su señor supremo! En su discurso de recepción en la Academia escribía Lacordaire: «La democracia, dueña indiscutible del porvenir, nos prepara, si no resulta al fin instruída y moderada, la espantosa alternativa de una demagogia inacabable o de un despotismo sin freno.» Un distinguido escritor observa que hay un hecho incontestable en medio de las divisiones contemporáneas, y es la aparición de la democracia. Ningún estado social, añade, exige una infiltración más profunda de cristianismo.

La simple razón corrobora el testimonio de hombres eminentes. Desde que empezó a difundirse por las naciones europeas el sufragio universal se vió que vendría a ser en la política lo que la pólvora en la guerra o el vapor y la electricidad en la industria. Habían de cambiar radicalmente las condiciones de la lucha y del trabajo. No obstante, era preciso habituarse y resignarse al empleo de los nuevos potentes elementos, porque el derecho del sufragio popular no iba a ser destruído con la facilidad y prontitud que algunos se prometían. Si hicieran uso de él sólo espíritus rectos, ansiosos del bien público, votando según los dictados de su conciencia, no habría cosa más hermosa, verdadera y legítima. Si en el momento en que se introduce en la sociedad esa arma delicada se trabaja encarnizadamente para arrojar a Dios de las almas, y con él la virtud, el olvido de sí propio, el sacrificio de los intereses personales al bien general, se llevan a las urnas pasiones y odios en vez de conciencias rectas e ilustradas, entonces, privada de luz y de freno, esta institución, ya de suyo peligrosa, se trocará en ariete demolidor de la sociedad. Será una de las causas principales de su inminente ruína. Se verá al sufragio universal desdeñar a los hombres capaces y escogidos y elevar a los mediocres y perversos. Para merecer los honores del sufragio universal

los ambiciosos rendirán culto a la mentira, al vicio y a la maldad. Puede establecerse esta regla general: Cuanto más cristiana sea una sociedad, tanto más capaz será del sufragio universal, y cuanto menos lo sea, tanto más nocivo y destructor será para ella el sufragio universal. Pongamos una comparación. Supongamos un buque en medio de deshecha tempestad. Cada uno de los pasajeros deposita en una urna su voto antes de cada maniobra. El capitán está obligado a ordenar lo que resulte de la mayoría de estos votos. Tal es el régimen democrático. No hay que tenerlo por impracticable; pero si la mayoría es ignorante y no discurre bien, (y lo será si no es cristiana), no tardará el navío en estrellarse contra las rocas y naufragar.

Una democracia puede subsistir, pero con la condición precisa de que cada ciudadano alcance el mayor nivel posible en su vida intelectual y moral, sepa gobernarse a sí mismo según el orden y la justicia, y obedezca sólo a Dios y a su conciencia. Si la inteligencia del pueblo está llena de tinieblas, su corazón gangrenado, su conciencia vacía de Dios, sus pasiones sin freno, nada hay más peligroso para él que el régimen democrático. Existe la libertad, pero no se sabe hacer buen uso de ella y degenera a no tardar en libertinaje hasta que un tirano venga a esclavizar a este pueblo que no ha querido sujetarse voluntariamente al suave yugo del Evangelio. La democracia es el régimen político que tiene más necesidad de la influencia de la religión que los otros.

En resumen: hay que trabajar con todas nuestras fuerzas para acercar el pueblo a la Iglesia. Este trabajo de aproximación reclama ante todo destruir los prejuicios que impiden que la democracia y el cristianismo entren en relaciones y se entiendan. Y luego, al propio tiempo que acercamos las inteligencias con la luz de la instrucción religiosa, trabajemos denodadamente para acercar los corazones por la caridad, con la acción sedante de la beneficencia, con las obras impregnadas de fraternidad cristiana y solidaridad social. Conozcámonos y amémonos unos a otros. Dios bendecirá nuestra común buena voluntad.

José SOLER, Sch. P.

El convite trágico

Al simpático P. Joaquín Larrañaga,
Rector del Colegio de Monforte

Es Monforte un pueblo de la provincia de Lugo, de unos dos mil habitantes, el cual se extiende al pie del cerro de S. Vicente, agarrándose a él en sus dos tercios y prolongando sus barrios extremos en forma de tentáculos, que le dan un aspecto groseramente parecido a un pulpo gigantesco.

Todo el valle de Monforte, con sus veintiocho parroquias, era una de las más pingües posesiones de los antiguos condes de Lemos, cuyo progenitor fué D. Fernando Ruíz de Castro, que vivía en el año 1182, según una antigua y curiosísima crónica del benedictino P. Cuevas, cuyo original se conserva en el vetusto monasterio de S. Rosendo de Celanova, Colegio hoy de PP. Escolapios.

El cerro de S. Vicente conserva notables vestigios de sus primitivas murallas, a lo largo de las cuales vense todavía dos arcos de entrada, y en uno de ellos campea aún el complicado escudo de los señores de Lemos, cuyo palacio, hoy casi del todo en ruinas, se levantaba en la cumbre del cerro.

Quedan de aquel suntuoso palacio algunos muros muy maltratados y apenas si puede adivinarse su primera planta. Un poco al norte permanece en pie la llamada torre del homenaje, que tiene junto a sus almenas, y como coronándolas trágicamente, unos garfios salientes, de los cuales solían colgarse cabezas, brazos y piernas de vasallos para ejemplaridad de los que tuviesen la avilantez de agraviar al poderoso señor que en el palacio moraba.

En el recinto amurallado se ven hoy algunas construcciones de pobrísimo aspecto, cuyos moradores forman la casi totalidad de una parroquia regida por un párroco o abade, según el habla de los naturales, el cual vive tranquilamente en el ruinoso edificio a que ha quedado reducido el famoso castillo de los señores de Lemos.

Entre el palacio y la torre del homenaje se levanta el venerable cenobio benedictino bajo la advocación de Nuestra Sra. de Montserrat, patrona de Monforte.

Entrando en el templo, vese a mano derecha un sencillo sepulcro de piedra, cuya losa, en forma de tejado, presenta en su cara anterior un báculo toscamente grabado y la inscripción siguiente:

E. R. M:M:CCC:LXXII:XX mensis nobembr
is:obiit domnus Didacus Garsie:Abbas.

En este sepulcro, y junto a las cenizas de dicho abad, es fama que descansan también las de otro abad, víctima de una cruel y bárbara venganza de uno de los condes que habitaron el castillo a mediados del siglo xv.

He aquí ahora la relación del hecho trágico a que se refiere el título de este trabajo, tal como la oímos, guardando su fondo tradicional, llenando, empero, algunas pequeñas lagunas, a fin de dar a nuestro sencillo relato algo del agradable sabor de la leyenda.

* * *

D. Alonso era un hombre de rostro enjuto, facciones duras y severas y mirada penetrante. Señor de horca y cuchillo, valiente hasta la temeridad, celoso de sus derechos, despótico hasta la crueldad, ambicioso por naturaleza, de carácter agrio y de una sagacidad felina, era el tipo acabado de aquellos señores feudales, cuya complicada naturaleza nos describen las crónicas de aquellos tiempos.

Regía por entonces el monasterio vecino al castillo un abad, hombre ejemplarísimo, austero y de un admirable tésón en defender sus derechos que eran los derechos de aquella Comunidad benedictina.

Envidioso el conde de las inmensas propiedades del monasterio, había tratado repetidas veces de apoderarse de alguna de ellas, para lo cual aprovechaba cualquier ocasión con que tener un pretexto y satisfacer sus ambiciones. La condesa, en cambio, era muy afecta al monasterio y más de una vez había echado en cara al conde sus inicuas pretensiones.

—Vuestros deseos son injustos—le decía—. Abandonad, por Dios, esos locos proyectos de engrandecimiento. Los bienes del monasterio son sagrados, D. Alonso, y apoderarse de ellos a la fuerza es un sacrilegio.

—No; yo no quisiera utilizar la fuerza—respondía el conde—bien lo sabéis vos, condesa, pero ese abad debiera ser un poco más razonable.

—Pero ¿ignoráis acaso que él no puede por sí solo enajenar cosa alguna? El propietario no es el abad, D. Alonso; el propietario es la Comunidad.

—Estáis muy versada, a lo que veo, en cánones y en leyes eclesiásticas, mi querida Ildara. De hoy en adelante deseo que os cuideis más del huso y de la rueca y de rogar a Dios por la prosperidad de nuestra Casa, ya que los monjes no lo hacen.

—Sin embargo me concederéis que, aun cumpliendo vuestro nobilísimo deseo, que no he dejado de cumplir en mi vida, pueda tener esas elementales ideas de justicia.

—Vamos a ver si nos entendemos de una vez, condesa.

D.^a Ildara cruzó las manos, las apoyó suavemente en su regazo y contestó con gran dulzura:

—Hablad, conde.

El conde tomó una silla, la acercó a la de D.^a Ildara, sentóse en ella un poco de soslayo y habló de esta manera:

—Vos no ignoráis que el coto de Doalde hace mucho tiempo que está en litigio. Sé por varios santos varones del monasterio que ese coto ha llegado a ser una carga para la Comunidad y en cambio para la Casa de Lemos sería una verdadera fortuna. Sabéis donde está emplazado. Más parece formar parte de nuestras posesiones que de las del monasterio. El mismo abad me ha confesado que de no existir razones poderosas, no tendría inconveniente en cedérselo.

- ¿Y no os ha expuesto esas razones?
- Me las ha expuesto, pero yo las encuentro fútiles.
- ¡Cómo fútiles!... ¿No os ha dicho que el coto de Doalde es una manda aneja a obras pías?
- ¿Y qué?
- Que por lo mismo no es posible enajenarla.
- ¿Por qué?
- Porque esa fué la expresa y terminante voluntad del donador. El coto de Doalde no pertenecerá jamás a los condes de Lemos.
- Habéis bebido en buena fuente, condesa.
- Porque he hablado con el abad y he tratado con él de la posibilidad de satisfacer vuestros deseos. Creedme, Don Alonso: lo que yo no he conseguido aportando todas las razones imaginables, no lo conseguiréis vos ni con promesas, ni con amenazas, ni con halagos.
- Sin embargo, condesa, sé que entre los monjes no faltan quienes sin gran dificultad se prestarían a entrar en tratos.
- Pues bien; esperad. Si cuando muera el abad, su sucesor es uno de ellos, podréis quizás ver vuestra ambición satisfecha.
- Vuestras palabras suenan a ironía, Ildara, y debiérais haberlas dulcificado un poco. Esta enojosa cuestión tiene el privilegio de poneros de mal talante y de colocar vuestro mal humor a la altura de la terquedad de ese señor abad, que Dios confunda.
- Temo, conde, que no medís bien el valor de vuestras palabras.
- Pues, ea; no hablemos más, condesa Ildara; pero tengo el honor de participaros que dentro breves días os daré resuelta esta tan debatida cuestión. Sé la manera de quebrantar la terquedad del abad.
- Y con un rápido movimiento se levantó y apartó la silla.
- Iba el conde a retirarse, cuando conociendo la condesa la intención de su esposo, se levantó a su vez, y cerrándole el paso.
- ¿Qué es esto, señor conde?—le dijo—¿Qué nueva iniquidad maquináis contra ese santo varón, cuya prudencia y celo han sido siempre tan celebrados? ¿Por qué habláis de terquedad?
- Señora, deponed vuestro enojo. Corregiré la palabra, si ella os ha disgustado. ¿Terquedad he dicho?

—Habéis dicho terquedad y habéis hablado de quebrantarla.

—Pues corregid, señora. No pienso quebrantar la terquedad, sino vencer la prudencia de ese santo varón a quien tanto admiráis.

Y subrayó irónicamente la última frase.

—Rogaré—dijo la condesa—para que no caiga la ira de Dios sobre nuestra Casa.

—Rogad también para que la ira del conde de Lemos no caiga sobre el monasterio.

Al decir esto, vió la condesa fulgurar un relámpago en los ojos del conde.

—¡ Señor conde!...

—Quedad con Dios, condesa.

Y se precipitó fuera de la estancia. Ya en el patio del castillo, se encontró con su hidalgo favorito.

—Vive Dios,—gritó el conde en un arrebato de mal humor—que ya estoy harto de prudencia.

—¿ Ocorre algo, señor conde ?

—Eres un estúpido. Al verme de esta manera, sólo a un necio como tú se le puede ocurrir esta pregunta.

—Será así, señor, pero me daré por dichoso si por ello no he incurrido en vuestro desagrado. ¿ Puedo serviros en algo ?

—¿ Qué concepto tienes del abad de este monasterio ?

—Este abad, señor, es terco como un asno y vanidoso como un pavo real.

—Acertaste esta vez. Pues bien; yo quebrantaré la terquedad de ese asno y arrancaré las plumas de ese pavo.

—Estoy a vuestra disposición, señor conde.

—¿ Para todo ?

Estas dos palabras dichas con una entonación especial dejaron al hidalgo inmóvil y mudo como una estatua.

El conde, cogiéndole por el brazo, lo sacudió con energía, mientras en voz baja decía casi al oído del hidalgo:

—Responded, vive Dios.

—Para todo—respondió el hidalgo maquinalmente.

—Recordad vuestra promesa. Ahora podéis retiraros. Mañana os daré mis órdenes.

Y se alejó el hidalgo cabizbajo y meditabundo, mientras el conde fijaba en él sus ojos escrutadores.

Es fiesta de gran gala en el castillo de los señores condes de Lemos. D. Alonso celebra su onomástico y todas las salas y patios del palacio están completamente ocupados por una alegre y abigarrada muchedumbre, compuesta de damas, monjes, hidalgos y caballeros. D. Alonso está afectuoso con todos, pero parece que extrema su obsequiosidad con la condesa y con el abad del vecino monasterio. Todo en el castillo se mueve y evoluciona como en una grande feria.

Una inmensa multitud de vasallos pobres sigue como en fúnebre procesión la estrecha senda que del valle conduce a la cumbre del cerro.

Algo les tocará del festín que va a comenzar, aunque sólo sean las migajas que caerán de la mesa, si la jauría de perros no ha dado aún cuenta de ellas.

En todos los corrillos que se van formando, dirigiéndose como por instinto hacia las puertas del grande y suntuoso comedor, se oye hablar del espléndido presente con que el magnánimo conde va a dignarse obsequiar al bueno del abad por su acendrado afecto a la Casa de Lemos. Nadie sabe en qué va a consistir el valioso obsequio, pero todo el mundo da ya por descontado que será digno de la proverbial fastuosidad del señor conde.

Sea lo que fuere, nadie ignora que debe permanecer quieto y mudo en cuanto entren en el comedor los portadores del misterioso presente, so pena de caer *ipso facto* en desgracia del conde Lemos.

Dada la señal convenida, damas, monjes, hidalgos, pajes y caballeros, toman asiento ceremoniosamente alrededor de la grande y bien servida mesa.

Va desarrollándose la fiesta entre músicas, danzas, risas y algazara; saltan de un lado a otro, como un castillo de fuegos artificiales, las frases galantes, los conceptos agudos, los epigramas punzantes, las ironías de finísimo y aristocrático filo.

A medida que avanza la comida, el conde va perdiendo su locuacidad y parece que va palideciendo y poniéndose nervioso por momentos.

Nótalo el bufón y le arroja en pleno rostro este chiste malhadado:

—Si yo fuese abad del monasterio, colgaría la cabeza del conde del primer alcorcho del coto de Doalde.

En todos los rostros pintóse el gesto de una estupefacción

inmensa. El conde contentóse con lanzarle una mirada significativa y llamó a su hidalgo favorito, el cual, después de recibir una orden de su señor, salió del salón, arrastrando tras de sí al infeliz autor de la sangrienta bufonada.

A todo esto la condesa que no perdía de vista al conde, empezó a palidecer, mientras el abad, completamente ajeno a cuanto se tramaba en aquellos momentos contra él, sostenía un vivo escarceo literario con las damas y caballeros que más cerca de él se hallaban.

El vino, entre tanto, volvió a circular con increíble rapidez y surgió de nuevo la algazara más pujante que antes, y las pullas, agudezas y chistes iban tomando un color más subido.

En lo más intenso de esa confusión, el conde se levanta y un siseo, que en un instante recorre todo el salón como una corriente eléctrica, hace enmudecer a los invitados.

Y con voz firme, aunque algo cavernosa, el conde pronunciaba estas palabras.

—Habéis oído el caústico chiste de mi gracioso bufón, pero, vive Dios, que no ha acertado a expresar mi pensamiento. Precisamente he determinado premiar al señor abad por su prudencia y celo en defender los sacrosantos derechos del monasterio.

El silencio se hizo entonces más profundo y torturador y la condesa palideció intensamente, creyendo adivinar la terrible ironía que encerraban las palabras del conde.

A una señal de éste, dos criados penetraron en el comedor por una puerta a la cual estaba de espaldas el abad. Los convidados de enfrente quedaron petrificados, las damas lanzaron un instintivo grito de horror y la cabeza de la condesa cayó pesadamente sobre el pecho. Por los labios del conde vagó una sonrisa infernal, al tiempo que entre un silencio de muerte, los dos criados colocaban sobre la venerable cabeza del abad una horrible mitra, hecha una ascua.

El conde, de pie, contempla sin horrorizarse, aquel bárbaro suplicio, mientras la mitra candente va hundiéndose en el cráneo del abad, cadáver ya, y una columna de humo negro y apestoso llena todo el fúnebre salón y sale por los balcones para publicar por todo el valle de Monforte el crimen repugnante y sacrílego, fruto de una horrible e injustísima venganza del noble y poderoso señor conde de Lemos.

Rafael OLIVER, Sch. P,

Algunes consideracions a l'entorn d'una ideologia de post-guerra

D'ENÇÀ de la guerra, la història del món, i especialment la d'Europa, ha augmentat la seva diemne densitat en fets sensacionals d'una manera astoradora. En aquests sis darrers anys hem vist una immensa corrua d'esdeveniments, d'origen humà la major part d'ells (sense que hi manquessin, però, els d'origen usualment apel·lat fortuit, i els deguts a causes-naturals), que ha passat davant dels nostres ulls amb una rapidesa gairebé vertiginosa. Recordem tan solament fets com la invasió de les forces soviètiques a l'Europa central i llur derrota, els esdeveniments de Fiume, l'assassinat de Rathenau, la mort de Wilson, els terratrèmols de Xile, la conferència de Cannes i la de Gènova, les lluites a Irlanda, el comunisme terrorista i el feixisme a Itàlia, les revolucions a Bulgària, la guerra greco-

turca amb la derrota dels grecs i el destronament del rei Constantí, l'expulsió dels Osman del tron de Constantinoble, l'incident greco-italià de Corfú, els terratrèmols del Japó, l'ocupació de la conca del Ruhr, l'assassinat de Matteotti, la conferència de Londres, etc.

I aquesta enorme excitació no sembla encara en camí d'apaivagar-se. D'una banda l'amenaça comunista, amb el seu contracop, el feixisme, i de l'altra les lluites nacionalistes contra els imperialismes vells i nous, apareixen prometent-nos una espessa col·lecció d'esdeveniments colpidors.

Ara, degut a coses esdevingudes recentment a Itàlia, que han cridat fortament l'atenció en el nostre país, han estat suscidades nombroses polèmiques a l'entorn del fet del feixisme, i per això ens sembla que pot ésser interessant de dir alguna cosa sobre el mateix, contribuint a fixar unes quantes idees clares concernint aquesta qüestió.

Tots recordem (és cosa de quatre dies) l'estat a què arribà Itàlia, a conseqüència dels inqualificables excessos del comunisme i de les debilitats més inqualificables encara dels governants italians. El remei estava en l'aplicació rigorosa de les lleis (únicament en això), punint sense defalliments assassinats i depredacions, sense deturar-se davant l'afegitó de l'adjectiu *socials*, que, a temporades, sembla que pugui servir per legitimar les coses més execrables. La feblesa de les autoritats (en descàrrec de les quals solament pot dir-se que no eren sostingudes pel públic, més o menys justament desenganyat de llur vàlua política i moral, i caigut en un paorós escepticisme) va fer del tot necessària l'aparició del feixisme.

Si aquest s'hagués limitat a tornar la fe i l'entusiasme, i amb ells la fortitud, a la massa del públic, emprant la violència només quan fos necessària per substituir l'acció coercitiva del poder públic absent, fins a ocupar per mitjans legals el

govern de l'Estat, i aleshores restablir l'autoritat amb tota plenitud, hauria fet una obra sòlida i duradora. Però els caps del moviment van tenir, en el seu període de propaganda, la immensa desgràcia de trobar-se entre mans les doctrines exaltadores de la violència i del despotisme, predicades per Maurràs i els seus col·legues de l'*Action Française*, i creient que amb la seva adopció (que varen creure lícita) augmentarien la força exterior del feixisme, i aquest rebria un vernís d'intel·lectualisme que evidentment no posseïa (no sabem si li faltava), s'hi lliuraren follament i sense solta, no tots, però sí alguns dels més visibles i estridents.

I cal dir-ho ben clar que aquesta ideologia propugnada per Maurràs, seguida pels feixistes, i parodiada pels ultra-nacionalistes alemanys i altres, és contrària a la ideologia cristiana, com a injusta, atiadora de l'odi i anul·ladora de la caritat en el cor dels homes. Això quan el culte de la violència va acompanyat d'una intenció noble (baldament obcecada); que quan la violència serveix per protegir l'aferisme, el caciquisme, la venjança política i els egoïsmes de classe, aleshores les conseqüències són encara més funestes.

Aquesta ideologia ha resultat més perillosa per l'actitud que han adoptat els seus propagandistes francesos. Aquests s'han proclamat fervents partidaris i defensors a ultrança del catolicisme, i això ha servit molts cops perquè hom acceptés sense mirament, coses completament inconciliables amb els principis de la nostra religió. Aquests senyors es captenen, no com a catòlics, ans com a diletants del catolicisme, posició que és senzillament monstruosa.

Mussolini, en pujar al govern, per esborrar la desviació sofrida, havia de proscriure enèrgicament tot procediment il·legal, d'onsevulla que vingués; més, tenint en compte que llavors la violència no sols era blasmable, sinó que ja ni tenia l'excusa d'ésser útil, ni productiva. Confiant més en

la força que en la dretura en les obres (conseqüència potser això de la infiltració maurrasiana), i ple de recels encara, no s'imposà l'abandonament dels mètodes violents, ni, per tant, la dissolució o transformació de la milícia feixista, i aquesta continuà essent excitada periòdicament per les lliçons (?) dels caps extremistes. El deplorable resultat tots el tenim davant dels ulls.

Ens sembla que el feixisme no pot considerar-se liquidat, però la seva missió governamental és acabada.

Solució? Clara i difícil alhora: el retorn a la legalitat d'una manera absoluta. En el moment de la pujada al poder, quan l'entusiasme de les multituds era ben viu, un assenyat retorn gradual i no excessivament lent als mètodes democràtics hauria estat fàcil i fecund. Avui, desil·lusionada la massa, enfortides les oposicions, treballat el feixisme per l'estada al poder, i a punt de sofrir Europa una nova investida del comunisme terrorista, el problema és delicadíssim i perillós.

Al nostre entendre, un enfortiment del partit popular catòlic pot ajudar molt a superar les dificultats del present moment italià.

Cal esguardar l'exemple d'Alemanya, on contra les intemperàncies i les follies tants cops tràgiques, i tants cops ridícules, dels extremistes polítics de dreta i esquerra, s'ha imposat el procedir assenyat del Dr. Marx, el qual acaba de donar una passa gegantina en el camí de la restauració del seu país. Cal esguardar encara la tasca humil i enormement meritòria d'aquest home modest i tenaç que és Mns. Seipel, el Cancellier d'Austria.

En el període de lluites que es prepara, que en podria fer de bé a Catalunya un partit catòlic generosament inspirat!

Miquel COLL I ALENTORN

Camperols de ciutat

AMB tot i el que dèiem un dia, no tots els que van a sojornar les diades càlides de l'any a una vileta de prop del mar o de muntanya, són gent viciosa, excessivament pròdiga dels seus cabals i desitjosa de fer el senyor sigui com sigui. No. Hi ha una bona part d'estiuejants que veritablement surten de ciutat per fer salut, a fruit de les belleses del camp, o de l'encant de la mar, a respirar els aires purs, a contemplar aquells clars de lluna, que a Barcelona no tenen cap valor i ni poc ni molt hom s'entera de quan esdevenen. Quina delícia! Anar a jeure a l'ombra de les pinedes i alzinars. Fer fontades exquisides junt a la cantarella d'una font d'aigua fresca i regalada. Grimpar pels turons i punxeguts cimals. Seguir serres, valls i torrenteres i no deixar recó ni forat ni altura sense posar-hi la petja i lliscar-hi el nostre esguard.

Aquests són els que els fan bon profit les vacances fent salut per tot l'any, i entre aquesta mena d'estiuejadors hi veureu gent de tots els estaments i de totes les fortunes.

Els uns en xalets de lloguer, i altres en torres, vil·les i masies de propietat. Senyors i menestrals. Gent de posició i gent de passament migrat, de pressupost fixe i sense partides possibles de transferir, mes a tots els veureu divertir-se a la seva manera tranquilament i pacífica. Mireu-los que satisfets estan d'aquell esmorzar a l'ombra de les acàcies del jardí, tot llegint el diari. Que bona que és aquella xocolata amb coca del forner. I aquelles figues que hom mateix s'ha abastat de la figuera de la casa? Què vol dir cafè amb llet i panet amb mantega, encara que sigui servit per una serventa de pulcra presentació? Si això es pot tenir tot l'any! Al camp, vida de camp. Quan hom està a la masia qualsevol s'encaterina amb guisats de refinada cuina francesa. Això a ciutat. Al camp, tornem-ho a dir, vida de tranquil·litat i d'aliments naturals.

A conuiu amb la natura, lluny de la remor de ciutat, del brogit de les Rambles, dels sons estridents, dels capbussons dels tramvies, de la bravada dels carrers, dels rètols lluminosos i de l'arquitectura incivil. A fruitar del remoreig de les arbredes i dels cants dels ocells, revolcant-vos damunt l'herbei. Berenant a l'era mentre els batadors llencen aquells ruixims daurats de grana i boll contra el vent serè.

Això és bonic.. El canvi de vida, que fa viure amb il·lusió. Ve la festa major i sou a pagès? Doncs a fer festa! Anar a ofici i a la processó. A dansar a la tarda i a dansar a sa-rau, i no us deixeu pas el ball de socis, que és el millor i volteu com una baldufa vorejat pels comparets de l'encontrada.

Aguilar de SAGARRA

ASPECTOS

Escenas de la vida callejera

IBA yo en día festivo, hace algún tiempo, por una de las calles de una barriada extrema de la capital, sin llevar ni prisa ni tarde ni fin determinado, cuando hacia el final de la misma, acerté ver un corrillo de gente, que bien a las claras denotaba que se trataba de unos cuantos fervientes y boquiabiertos admiradores de un orador callejero que a pulmón abierto pondría sus específicos en las regiones celestiales del remedio y del triunfo. Mis presunciones resultaron evidentes; pero aun cuando no soy aficionado ni a charlatanes ni a charlatanas, me cayó en gracia la figura algo estrambótica del que hacía uso de la palabra y mi atención se fijó en ciertas enigmáticas, pero científicas palabras que herían mis oídos. Me acerqué, pues, movido por la curiosidad, y ansiando ponerme en buena fila, me abrí paso a suaves y traidores codazos, que aunque suaves, merecieron el regaño de algún viejo, el signo de disgusto de alguno que le distraía la atención y el afianzamiento en su sitio de algún rapazuelo por temor de que le quitara su buen sitio de observación.

De todos modos, logré buen observatorio, y al momento puse mis ojos en el personaje en cuestión. Representaba sus cinco décadas y un lustro, más alto que bajo, huesudo, pero vigoroso, una tez muy acariciada por los rayos ígneos del rubicundo Apolo, una barbita a lo Napoleón, ojos de órbitas entrantes y una cabellera que parecía hacer la competencia a las de los tiempos románticos. Su indumentaria consistía en un luengo guardapolvo, en el cual se veían unas manchas que serían, a buen seguro, medallas gloriosas, signo patente de sus éxitos experimentales; y a su lado yacía olvidada una gorra al estilo de oficial de marina en estación estival.

Estaba dando el sujeto de marras las últimas instrucciones a un hombre que decía que estaba a punto de arrojar-se por la Lucada por ser dueño de una sangre muy mala, cuando me doy cuenta de un aparato de vidrio que llevaba en la mano. Tuve yo una gran sorpresa al verlo, ya que no era la primera vez que lo veía; y qué ha de ser la primera vez. Recuerdo precisamente que un día que me preguntaron de Física, me tocó este aparatito que si bien consiste en la dilatación de los líquidos al contacto del calor de la mano, yo, en mi azaramiento, dije que servía para los gases, lo que me valió una bronca fenomenal por parte del catedrático. Cómo no había de saberlo, y ya lo creo. Lo que me intrigó fué verlo en manos de aquel *sabio callejero*.

En esto estaba, cuando acabados sus consejos con respecto a aquel hombre, levantó su voz grave, reposada, tranquila, y dijo en forma sentenciosa y lapidaria que sugestionaba: Con mi aparato fototerapia, radioterapia, psico-biológico, sonambulismo, esperitismo, se sabe lo pasado, presente y futuro.

¡Estamos frescos! Pero qué significa eso, dije para mi capote; nunca había leído en la Física que ese aparatito tuviese tantos nombres, ni que tuviera unas aplicaciones tan portentosas. Si mi memoria no me engaña, mi enfadado catedrático a fé que me dió sobre él una verdadera *lata* de explicación, y ni tan siquiera le oí pronunciar toda esa serie de nombres tan misteriosos y científicos.

No había salido todavía de mi estupor, cuando, con su voz pausada, dice nada menos la friolera de que era un aparatito

inventado por él recientemente para hablar con los espíritus.

¡ Gran Dios! Esa si que es gorda y archi-superior. ¿ Estaré yo bien de la cabeza ? La Física afirma con plena autoridad que es un aparato del tiempo... de los astrólogos y que fué inventado por... vaya, un nombre muy raro. ¡ Oh! ¿ Y eso de los espíritus ? Hay para caer de bruces. O la Física miente o es él el solemne mentiroso, que se aprovecha del público ignorante que no va a preocuparse si lo que dice está acorde con los principios físicos o si es una serie de disparates sin ton ni son.

Terminado toto lo referente al sobrenatural aparato, echa mano el *hombre de ciencia* callejero, de un frasquito, al que califica nada menos como remediador omnímodo: todos los males, al no poderle resistir, caerán bajo su poder. Pero lo bonito del caso es que con unos granitos semejantes a los guisantes, que contiene dicho frasquito, se puede hacer un agradable aguardiente muy indicado para los que viven en las zonas *tórridas* como Barcelona.

No está mal la cosa, aunque no acierto a explicarme a qué viene esto del frasquito. Mas de todas maneras, dióle el hombre tantas vueltas al asunto, no cesando de hacer el panegírico de su aparato sobrenatural y que lo habían encontrado los espíritus tan simpático que en junta general se decidió por voto unánime que él fuera el mensajero feliz de sus nuevas, que yo resolví ponerme en relación, o, mejor, al habla con Leibnitz, para que me enseñase el medio de entender en Estética su teoría sobre la mónada sin necesidad de aprenderme toda su filosofía tan ideal, es decir, comenzar por el terrado. También quise hablar con el Moro Muza para que me dijese qué sería de mí en lo futuro; si las tendría dulces o amargas.

Pero hay que comprar un frasquito, aunque no se esté enfermo, para pulsar el aparato, y yo no llevo más que quince centimitos por lo que quedé con las ganas, no de pulsar el aparato, sino de largarme de aquel charlatán que tan impunemente bastardeaba un principio de Física que por quererlo yo, inconscientemente, bastardear, me cuesta por poco la bromita una lozana y hermosa calabaza. ¡ Mas o'h desilusión de las ilusiones! Aunque hubiera tenido los dineros ne-

cesarios, Leibnitz y el Moro Muza se hubiesen quedado bastante despegados, pues sólo se puede hablar con los espíritus de la familia. ¡Ah! No había caído en la cuenta.

Pero el caso más chocante es que un señor se acercó al grupo, y a duras penas pudo llegar donde el *sabio callejero* gesticulaba, y con profundo pesar le fué soltando todo un rosario de desgracias que hacían anublar los ojos de lástima y compasión, aunque la desgracia más dolorosa era que tenía un maligno mal de cabeza que no le dejaba a sol ni a sombra. El charlatán, que denota ser hombre de corazón, luego de hacer retroceder la primera fila de curiosos que se agolpaban de manera inquietante sobre él con peligro de su persona y de su mercancia, dijo con su aire grave e imperioso, que primero le comprase dos frasquitos y luego pulsaría el aparato. Nuestro buen señor, después de liquidar unas cuantas perras gordas, tomó el aparato, cual náufrago que se coge a la tabla salvadora.

—Ahora hablarán los espíritus. Ven ustedes, estas burbujas son las palabras de ellos que me indican la vida pasada, presente y venidera de este señor. ¡Oh! ¡Qué mundos ignorados! ¡Qué porvenir se le presenta!

¡Con qué afán miraba la gente las burbujas, queriendo descifrar su contenido y con qué orgullo y satisfacción contempla el *inventor callejero* su sobrenatural obra que quizá sea la síntesis de días y más días, vigiliass y más vigiliass!

Mas silencio, chitón, que ha tomado ya el aparato de las manos del señor y lo examina detenidamente. ¡Qué cosas más estupendas van a salir de la boca mellada de este *subiasso*! Nada menos que el porvenir de un hombre lo sabremos. Los arcanos del futuro es cosa que nuestras generaciones venideras leerán en las páginas polvorientas de la historia. Mira el *super-home* a todos los lados, a diestro y siniestro por encima del grupo—¿temerá a los guardias?—y luego, con voz grave, solemne, serena y pausada, con tinte bonaerense, observando de soslayo a un diablo de arrapiezo, pronuncia su codiciado fallo en medio de un silencio imponente:

—Usted, señor, sufre una concentración biliosa en el hígado. Con más frascos se le marchará a usted todo.

Francisco de P. RIBELLES BARRACHINA

La Religión Musulmana

UNA de las religiones más extraordinarias por sus preceptos es la de los árabes. *El Corán*, Código musulmán, está recopilado bajo los principios sentados en el Judaísmo y en el Cristianismo, viniendo a ser su complemento. Jesucristo es uno y Mahoma el último de los profetas. Acepta los Antiguo y Nuevo Testamentos, pero por inspiración del ángel San Gabriel, que a su vez la recibe de Dios, Mahoma compuso otro que anuló los anteriores.

Respecto de sus preceptos son dignos de anotarse los siguientes: Acepta el monoteísmo; cree en Jesucristo, pero nada más como profeta. No admite el Misterio de la Santísima Trinidad ni el culto a las imágenes. Impone el ayuno cuaresmal, llamado Ramadhám. Prohíbe beber vino y comer carne de cerdo. Admite tener una mujer propia y hasta cuatro mujeres concubinas; no significa tal derecho el menosprecio a la mujer, antes bien, se la tenía mucha considera-

ción demandándole en no pocas ocasiones consejo, que nadie osaba contravenir.

El Corán fué recopilado a la muerte del que se hacía llamar, a sí mismo, *Enviado de Dios*; siendo, como si dijéramos la Biblia del Mahometismo, considerándose en un principio como hombre de gran cultura al que conociera y supiera más al dedillo sus preceptos. Se halla dividido en *aleyas* (versículos) y en *suras* o *azoras* (capítulos). Apunta la resurrección de los muertos; el juicio final, en virtud del cual irán los buenos al Paraíso, lleno de placeres sexuales, y los malos al Infierno. El primero está ganado desde luego por aquél que muere guerreando por la causa religiosa. Obligaba orar cinco veces al día. Se hacían peregrinaciones a la Meca, cuyo templo era el centro religioso árabe, en donde se celebraban certámenes de diferentes ramas del saber, predominando la literatura, y cuyo centro el musulmán estaba obligado a visitarlo por lo menos una vez en su vida.

A pesar de todo, la religión mahometana es de las más sencillas que han existido.

* * *

Y pasemos a examinar las principales divinidades que debieron ser reconocidas por los árabes.

La religión Mahometana—clasificando con Müller las religiones en Aryas, Semíticas y Turanias—pertenece a la segunda de dichas familias, de la cual a su vez se derivan las religiones politeístas, de los Fenicios, de los Cartagineses y de los Babilonios; y, las religiones monoteístas de los Corintios, de los judíos y de los mahometanos.

«Los nombres de las divinidades semíticas son, sobre todo, nombres que expresan cualidades morales, y significan:

el Fuerte, el Venerable, el Señor, el Rey», y todas ellas son tan semejantes, se diferencian por detalles tan nimios, que se hacen difíciles de caracterizar unas y otras ⁽¹⁾.

El dios que hasta hoy se ha hecho notar como más antiguo de esta familia es el dios *El*, que significa «*el Fuerte*». Refiere Müller que su padre era el hijo de *Elium*; al subir al trono el hijo de *Elium* fué destronado y muerto por *El*.

«Philon refiere al nombre de *El* el nombre de *Elohim*, plural de *Eloah*. En el combate entre *El* y su padre, los aliados de *El*, dice Philon, se llamaban *Elohim*, como los de *Kronos* se llamaban *Kronioi* ⁽²⁾».

Ilah, en árabe y sin artículo, significa un dios en general; con artículo, es decir, *Al-ilah* o *Al-lah*, es ya el nombre que a Dios dió Mahoma.

Allat o *Lat* es el femenino de *Al-lah*, siendo adorada tal divinidad por la tribu de los Takif y destruída por los adeptos de Mahoma en Medina después de pedirles aquéllos una tregua de tres años antes de destruir al dios, rebajaron los de Takif a seis meses sus pretensiones de conservar al dios *Lat*:

—No, contestó Mahoma.

—Durante un mes—imploraron, al fin, decayendo su ánimo.

—Ni siquiera una hora ⁽³⁾.

Y la divinidad fué destruída sin que un hombre osara protestar, no así las mujeres que no cesaron de lamentar tal desgracia con gritos y gemidos.

En subsiguientes artículos nos ocuparemos de otros detalles y misterios que envuelven la época musulmana.

Luis LASHERAS

(1) MÜLLER: *La ciencia de la religión*, pág. 125.

(2) MÜLLER: la misma obra, pág. 145. Consultese, además, *Fragments de Historia de Grecia*, tomo III, pág. 569, 18.

(3) Dozy: *Historia de los musulmanes de España*. Tomo I, pág. 42. Véase también CAUSSIN, tomo III, pág. 288, citado por el mismo autor.

La Poesia

DIVERSES vegades hem parlat de la Poesia i del seu abelliment extern, atrevint-nos àdhuc a proposar formes amb les quals construir el seu ropatge; però mai hem dit una paraula de ço que és la Poesia. Hem parlat del cos, però no de l'ànima, perquè hem considerat que l'ànima és una cosa tan subtil que escapa l'anàlisi més prim-mirat de l'home.

Malgrat aquesta consideració, avui parlarem de l'ànima de la Poesia.

Hem dit que la Poesia té cos i té ànima. El cos és ço que veiem amb els ulls corporals, els versos, la part visible; mentres que l'ànima és l'esperit, la vida interna que, per virtut i gràcia de Déu, va posar-hi el poeta. L'ànima és allò que ens encanta, la llum recòndita que il·lumina l'intel·lecte del lector i el captiva d'una manera tota nova, que fa vibrar-li

el cor i el submeix en un deliqui incomparable, perquè tot allò és grandesa, un reflexe—mesquí indubtablement—de les sublimitats Divines. Per això s'ha dit que el Poeta té quelcom de super-humà, per tal com abasta una part de la llum divina.

* * *

Dante Alighieri, en el seu *Convivio* ens parla de les interpretacions que cal donar a les obres i les resumeix en tres: literal, moral i anagògic. Anagògica és, doncs, la poesia, perquè, més que els sentits literal i moral, ha de portar aquest, superior a tots, i que escapa per damunt de totes les formes i construccions imaginables, perquè no és carcassa, no és forma, no és istil, no és voluntat, sino que és gràcia, és a dir, ànima. Per això la poesia és super-humana.

Podrem escriure les més sizellades estrofes, les de construcció més refinada, més impecable, més harmònica, i mai seran Poesia (Poesia pura) si no porten el flamell sagrat, perquè—igual que àmfores buides—seran belleses mortes i la poesia no és Poesia sense Anima.

Mai com' en el cas de la Poesia són més ben aplicades aquelles paraules de Shakespeare—ésser o no ésser—perquè en Poesia no poden existir, no tenen dret a existir les mitges tintes, i si existeixen,... no són Poesia. Seran, potser, quelcom semblant, quelcom de presència poètica, però mai Poesia. Per això hom diu que hi han molts "versaires" i pocs Poetes.

Ricard PIQUÉ BATLLE

les Letres i les arts

ACABA de publicarse, primorosamente impresa, una colección de cien poesías latinas del Reverendísimo P. Tomás Viñas y Sala, ex-Prepósito General de la Escuela Pía, con el título de: *Carminum Libri IV*. En el próximo número esperamos poder publicar un artículo crítico sobre tan notable trabajo felicitando desde ahora efusivamente a su ilustre autor por haberse decidido, cediendo a insistentes ruegos, a sacar de la oscuridad de sus cartapacios las inspiradas y bellísimas composiciones, que integran el volumen, para íntimo recreo y dulce solaz espiritual de los amantes de la lengua y literatura latinas.

Unas veinte composiciones del elegante tomo, leídas en augustas solemnidades de la Ciudad Eterna o en memorables sesiones académicas de la Arcadia, respiran profundo romanismo y son prueba fehaciente de la inquebrantable adhesión y filial afecto del insigne P. Viñas a la Sede Apostólica.

GOMETRÍA ELEMENTAL según el método cíclico.—Segundo y Tercer grado.—*Rafael Marimón, Sch. P.*—Imprenta Elzeviriana.

Fruto de una diaria y prolongada experiencia, el P. Rafael Marimón de las Escuelas Pías acaba de publicar con un método rigurosamente cíclico y pedagógico el segundo y el tercer grado de la Geometría elemental. Nada nuevo hay en la materia, tratada ya por tantos otros autores; pero a pesar de ello resultan dos obritas nuevas por su método tan racional y a la par tan al nivel de las infantiles inteligencias a cuyo uso se dedica el trabajo.

Tratándose de obras científicas, difícilmente se halla una en cuyo estudio pueda prescindirse del concurso del profesor; y sin embargo, podríamos afirmar, sin temor alguno de contradicción, que si algunas existen, entre ellas deben colocarse sin disputa las dos obritas del P. Marimón.

Siguiendo las modernas orientaciones pedagógicas, no faltan autores, que en su afán de facilitar al niño los conocimientos que exponen, dan, en algunos casos, nociones que si bien son verdaderas, son incompletas, hasta tal punto, que mutilan, por modo enorme, si es que no atrofian por completo, la belleza que reina indiscutiblemente cuando se armonizan los dos factores: verdad y unidad.

Otros hay, que tomándose ciertas libertades, relativas a lo que debe ser un riguroso método cíclico de enseñanza, perfeccionan los conocimientos del niño por medio de libros graduados, es verdad, pero en donde están expuestos los mismos conceptos en formas distintas; resultando de aquí que el niño se ve obligado a aprender cada curso todo un libro, que aun siendo de la misma materia, resulta para él nuevo, desde el momento que se encuentra con las definiciones variadas y distintamente explicadas.

Estos dos escollos, que acabamos de apuntar, y que en la práctica, necesariamente, encuentran alumnos y profesores, se hallan magistralmente obviados en las obritas que nos ocupan, como puede fácilmente comprobarse, con sólo ojear, aunque sea por modo rápido, las lecciones respectivas que en ambos grados tratan del mismo asunto.

Tienen además la ventaja de que aquellos puntos que el niño debe entender y aprender de memoria no están expuestos *a priori*. La definición, el problema, la regla, se deducen, por modo claro, de lo expuesto, siendo el niño llevado como por la mano, de la comprensión a la repetición, único método racional que evita el peligro de lo que podríamos llamar alumnos-papagayos.

Además: como los alumnos a quienes se dedican estos libros están ya en edad de poder ver el por qué de algunas cosas, es muy conforme a su naturaleza que el profesor explore la elasticidad de aquellas inteligencias que se abren. A este fin y sin salirse nunca de un acertado término medio, el autor ha consignado una colección de ejercicios mentales, siempre graduados y nunca repetidos, dejando siempre a la iniciativa particular del profesor el hacer hincapié en aquellos que crea más convenientes o adecuados a la condición de sus alumnos.

En el transcurso de ambas obritas no se olvida nunca su autor de que la enseñanza, y por modo particular, la primaria, debe ser eminentemente intuitiva y a este fin las ilustra con profusión de grabados y sintetiza todas las lecciones que lo permiten por medio de cuadros sinópticos, que sirven para repasar, de un solo golpe de vista, los conceptos explanados en la lección o lecciones precedentes.

El tercer grado lleva un apéndice de Agrimensura y el segundo grado otro sobre el dibujo lineal; constituyendo ambos un digno remate de la pedagógica labor de tan meritorio escolapio.

Finalmente es digna de elogio la meritoria impresión que han realizado los talleres de la Imprenta Elzeviriana, los cuales una vez más, se han acreditado con la pulcritud que les es característica.—M. V.

L AUREÀ CARDONA GIRÓS.—*Guía Consultiva de Construcción*.— Un llibre de 230 pàgines, amb abundor de gravats.—Barcelona, 1924.

Abans, ésser propietari—semblantment a com s'esdevé encara, amb el nostre financer que es redueix a cobrar el cuponet de les obligacions que venç trimestralment—constituïa una cosa simple i sense gaires mal-de-caps. Avui en canvi, amb la complicació de la vida i l'augment dels tributs que sobre la propietat pesen, i tenir d'hore-se-les amb un subjecte tan gansoner i complex com l'Administració Pública, converteix el nostre home, senyor d'immobles, en un ser adelarat, que es passa la vida anant i venint de casa l'advocat a les dependències burocràtiques, sempre amb el temor d'haver vulnerat algun precepte reglamentari o d'haver incorregut en apremis o en les més greus responsabilitats civils i àdhuc criminals.

I tot això, sense comptar les seves relacions amb els llogaters...

L'autor del llibre que comentem, s'ha captingut bé de la tragèdia per la qual avui passa el nostre propietari i ha volgut simplificar-li una mica el seu ofici (a tal ha arribat ja, amb totes les honors), donant-li seguretat de moltes coses i posant-lo en antecedents d'aquells punts en els quals viu sempre en mig de la major inseguretat.

Esmenta en primer terme, la *Guía de la Construcción*, les atribucions dels arquitectes i les tarifes vigents de llurs honoraris. A més, les instàncies i plànols que cal presentar per sol·licitar permís per edificar, enumerant les prescripcions establertes en les Ordenances municipals, així com els més importants acords presos en Consistori amb posterioritat a les mateixes i que es refereixen a la propietat immoble.

Un detallat estudi de les relacions i servituds entre finques lindants, degut a l'intelligent advocat, especialitzat en aquestes matèries, Sr. Assensí Portabella, acaba de completar el conjunt de disposicions legals imprescindible.

D'acord amb el vigent Pressupost Municipal de Barcelona (1924-25), enumera tots els carrers de la ciutat i llur classificació tributària per categories, així com els diferents conceptes susceptibles d'exempció en les llicències per a construccions i obres.

Acaba el llibre amb la llista dels arquitectes, mestres d'obres i contractistes residents a Catalunya i un interessantíssim plànol de les profunditats edificables en les diferents illes de l'eixampla de Barcelona, d'una evident importància.

L'esmentat llibre ve a satisfer una necessitat sentida de temps i per això cal remerciar al seu autor d'haver-lo editat amb tanta cura i encert.—R. C.

SELECTA

TEMPS enrera fou detingut un lladregot que camuflerat amb traça implorava caritat. La ronda especial de l'Alcaldia que el sorprengué, li feu explicar com tot el que feia i estrafeia ho havia après en una escola especial que, per a aquesta mena d'oficis, funciona a Barcelona com en totes les grans urbs.

Nosaltres no ens havem escandalitzat gens ni mica per aquest descobriment. Ja suposàvem que almenys n'hi hauria una, però del que si que ens tenim d'escandalitzar, és de les moltes encobertes o emboscades que funcionen en les vies més cèntriques de la nostra Ciutat i arreu arreu de l'Estat. No vaig a dir res de nou, per haver-ho dit molts, mantes vegades. Quina escola de crims i vicis hi ha millor que el cinema i la mala premsa? Cal matricular-se a un d'aquests, diem-ne curssets, que funcionen pels ravals i pels barris baixos, per aprendre com és possible assaltar una casa, un tren en marxa o una banca, i us ho ensenyen d'una manera, fins i tot confortable. Qualsevol es fica en una d'aquestes escoles que comentem, amb ferum de romàtic i amb perill d'ésser sorprès per l'autoritat, si la premsa il·lustrada no compleix el fi pel qual la varen crear, us il·lustra de tot lo mal que en el món esdevé amb gravats autèntics i compostats.

Si comprant la premsa gran, la premsa independent que vol passar per premsa de bons costums, us entereu amb tots els detalls de la vida dels autors d'un crim esgarrifós, amb paràgrafs d'una cruessa real que no es pot comprendre tant d'atreviment. Si els carrers estan plens de quioscos embolcallats de remarada de tota mena d'impresos. Si el pudor cada dia va desapareixent de moltes llars, tolerant molts pares que llurs filles vesteixin indecorosos vestiments. Si tot això ho veiem avui, i ja fa massa temps que ho veiem que per voltes que el món dongui i qui diu el món diu altres coses, ningú hi posa remei ni cura. Per què ens tenim d'escandalitzar de certes escoles pràctiques, que millor seria, naturalment que no existissin, si avui tot el que és vici i mals instints s'ensenyen a la moderna, per *correspondència* que diuen que fa més efecte? —C. E.

**AQUEST NUMERO DE LA ACADEMIA CALASANCIA
HA PASSAT PER LA CENSURA MILITAR**

Imprenta de Angel Ortega — Aribau, 7 — Barcelona